

Rubalcava no tuvo, como Zequeira, la suerte de que sus poesías fuesen coleccionadas por mano inteligente, y han andado dispersas y aun confundidas con las de su amigo (1). Fué inclinado al género bucólico, y además de una traducción de las églogas de Virgilio, que (según

rera militar se presentaba más brillante, una afección mental vino á herirle en Matanzas en 1821. Arrastró su desdichada vida hasta el 18 de Abril de 1846, en que falleció en la Habana. La primera y la mejor edición de sus *Poesías* es la que hizo imprimir en Nueva York, 1829, el presbítero D. Félix Varela. En la publicada en la Habana, en 1852, por su hijo D. Manuel Zequeira y Caro, se alteraron por motivos políticos algunos versos.

(1) El siguiente soneto, bastante popular en Cuba, y que no carece de mérito ni en el pensamiento ni en la dicción (salvo los dos intolerables epítetos *rubicundo* y *furibundo*), se atribuye por unos á Zequeira y por otros á Rubalcava:

Soñé que la fortuna, en lo eminente
Del más brillante trono, me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente.
Soñé que hasta el Ocaso desde Oriente
Mi formidable nombre discurría,
Y que del Septentrion al Mediodía,
Mi poder se adoraba humildemente;
De triunfantes despojos revestido
Soñé que de mi carro rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido:
Despertóme el estruendo furibundo,
Solté la risa, y dije en mi sentido:
«Así pasan las glorias de este mundo.»

Nació D. Manuel Justo de Rubalcava en Santiago de Cuba el 9 de Agosto de 1769, y estudió en el Colegio de San Basilio el Magno, de aquella ciudad. Siguió, como Zequeira, la carrera de las armas, y en 1793 tomó parte en la campaña de Santo Domingo. También residió algún tiempo en Puerto Rico. Murió en su ciudad natal el 4 de Noviembre de 1805. Su poema *La muerte de Judas*, no fué impreso hasta 1830: hay una segunda edición de 1847 con biografía del autor y observaciones críticas, por D. Pedro Santacilia. En 1848 se imprimió por diligencia de D. Luis Alejandro Baralt, en Santiago de Cuba, un cuaderno de 100 páginas, titulado *Poesías de D. Manuel Justo Rubalcava*. Es muy discutible la autenticidad de algunas de estas composiciones.

Cítase como poeta de la misma escuela que Zequeira y Rubalcava, aun-

creemos) se ha perdido, dejó algún idilio original, y varias silvas descriptivas, á la verdad bastante prosaicas. La elegía *á la noche* y el poemita *La muerte de Judas*, están mejor escritas, pero tampoco bastan para darle alto puesto en el Parnaso cubano. Su nombre estaría casi olvidado, á no ser por algunos sonetos, entre los cuales me parece muy ingenioso y galante el titulado *Á Nise bordando un ramillete*.

Entretanto pululaban los copleros de circunstancias, asiduos cultivadores de la décima, que es el metro popular en Cuba; y á la publicidad de sus expansiones vino á abrir camino la libertad de imprenta decretada por las Cortes de Cádiz en 1811. Muchas publicaciones efímeras y baladíes, aparecieron entonces: *Cartera de Señoras*, *Correo de las Damas*, *Diario Cívico*, *El Esquife.....*, creciendo luego su número y también su importancia durante el periodo constitucional de 1820 á 1823, al cual pertenecen *La Lira de Apolo*, *El Mosquito*, *La Minerva*, *Biblioteca de Damas*, *El Revisor Político y Literario*, *El Hombre Libre*, *El Español Libre*, *El Americano Libre*, *El Amigo de la Constitución*, *El Amigo del Pueblo.....*, descollando entre todos *El Argos*, dirigido por el poeta colombiano D. José Fernández Madrid, con quien colaboró el argentino Miralla (conocido principalmente por dos buenas traducciones, una de la elegía de Gray, y otra de las *Cartas de Jacopo Ortis*, de Foscolo), y *El Observador Habanero*, periódico de más graves aspiraciones, en cuya redacción tomaron parte filósofos, economistas, jurisconsultos y

que de menos talento, á D. Manuel María Pérez y Ramírez, autor del poema sacro *Emanuel*, de que sólo hemos visto algún fragmento.

naturalistas, como Varela, Escobedo, Govantes, Saco, Poey, etc. La poesía, aunque por lo común débilmente representada, fué cobrando fuerzas á favor del general movimiento de las ideas, y del ejemplo de los forasteros Madrid y Miralla; y produjo algunos ensayos clásicos apreciables, como los de D. Prudencio de Echavarría y O'Gavan, conocido principalmente por la *Sátira* que en 1820 publicó *contra el estudio preferente del Derecho romano en nuestras aulas*.

De tales poetas á Heredia el tránsito parece difícil, y sin embargo, cronológicamente aparecen colocados en el mismo plano, sólo que Heredia era gran poeta, y los otros no pasaban de medianos versificadores. Heredia es, hasta la hora presente, el primer lírico del Parnaso cubano: á lo sumo la Avellaneda, que más pertenece á la literatura general española que á la particular de la isla, podrá disputarle, y en mi concepto arrebatarle, la preeminencia. La fortuna de los versos de Heredia ha sido, por lo menos, igual á su mérito. Es quizá el poeta americano más conocido en Europa, y el que de la crítica europea ha obtenido más unánimes y calurosos elogios desde Lista hasta Villemain y Ampère. Son patentes y notorias sus incorrecciones y desigualdades, pero nadie le ha negado el genio. La escuela lírica á que perteneció no es la de nuestros tiempos, y sin embargo, un corto número de versos suyos, sobreviviendo al naufragio de sus restantes producciones, desafían impávidos todos los cambios de gusto y ostentan la misma belleza que el día en que nacieron. Algo de perenne é inmortal debe de haber en ellos.

Con esta admiración, puramente literaria, que es en los españoles tan viva como en los americanos (y no que-

remos alegar más prueba de ello que el brillante estudio del Sr. Cánovas del Castillo) (1), ha venido á mezclarse desgraciadamente en el ánimo de los hijos de Cuba mal avenidos con la unidad nacional, un elemento político que tuerce y vicia la imparcialidad del juicio estético, y acaba por comprometer la fama del mismo poeta, exaltándole hiperbólicamente en aquello que tiene menos digno de aplauso si se le compara con otros grandes poetas americanos. El nombre de Heredia no es para los separatistas cubanos el nombre de un poeta insigne, cuyo puesto está inmediato al de Quintana y al de Gallejo, sino que es un símbolo, una bandera revolucionaria, la *estrella solitaria* en cielo tempestuoso, el compendio y cifra de todos los rencores contra España.

La vida del poeta justifica plenamente tal representación: hijo de un magistrado liberal aunque servidor de la causa española, sintió desde la niñez el fanatismo de las ideas revolucionarias: á los veinte años conspiraba ya contra la madre patria, y en 1823 emigraba á los Estados Unidos, y de allí á México, en 1825; sin que tornara á ver su isla natal, sino por breves días, en 1836, dos años antes de cerrarse la carrera de su breve y tempestuosa vida. Si su acción política no puede equipararse con la de otros conjurados contra la Metrópoli, su acción literaria fué más continua, más eficaz que la de otro ninguno, porque á todos superaba en talento. Si el espectáculo de la anarquía de México, donde fué magistrado algunos años, pudo templar en algo la exaltación de sus ideas, ni aun tiempo hubo para que esta nueva disposición de su ánimo se mostrase en sus obras

(1) *Revista Española de Ambos Mundos*, 1855.

poéticas (1). «El torbellino revolucionario (escribe el mismo Heredia) me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, magistrado, historiador y poeta á los veinticinco años.» Con recordar que murió á los treinta y cinco, bien puede inferirse que alguna cosa faltó siempre á la disciplina y buen concierto de sus ideas, no menos que á la perfección de su gusto.

Del Heredia poeta revolucionario, queda más la malfélica influencia que la poesía misma, y aun la influencia se ha disminuído mucho después que esos versos no corren manuscritos con el aliciente de la prohibición, sino que se imprimen libremente. Todo americano de gusto, por muy resabiado que esté de los odios fratricidas cuya semilla esparció Heredia, y cuyos frutos

(1) De intento decimos *en sus obras poéticas*, porque de otro género hay un testimonio irrefragable, por mucho que duela á los separatistas cubanos, que sólo podrán desvirtuar su fuerza suponiendo en Heredia una doblez y falsía indigna de su buen nombre é impropia de su carácter franco y arrebatado. Es su carta al general Tacón de 1.º de Abril de 1836, en la que se leen textualmente estas palabras: «Es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos, y que por conseguirla habria sacrificado gustoso toda mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y veria como un crimen cualquiera tentativa para trasplantar á la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano.»

¡Cuán diverso hombre de aquel que en su frenesí revolucionario de 1823 no retrocedía ni aun ante la idea del asesinato político!

¡Oh piedad insensata y funesta!
¡Ay de aquel que es humano y conspira!
Largo fruto de sangre y de ira
Cogerá de su misero error.....

.....
De traidores y viles tiranos
Respetamos clementes la vida,
Cuando un poco de sangre vertida
Libertad nos brindaba y honor.....

de maldición hemos visto después, tiene que confesar que los versos más endebles de Heredia son sus versos políticos. No constituyen excepción ni la *Epístola á Emilia* ni el *Himno del Desterrado*, cuyas últimas estrofas han sido una especie de canto de guerra:

Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

Sin negar la energía y vehemencia de algunos rasgos, mezclados con otros muy falsos y declamatorios, todavía lo que más agrada en estas composiciones es la parte elegiaca y personal del poeta, la esplendidez de su fantasía descriptiva, la nostalgia incurable del desterrado que lamenta la ausencia del *sol terrible de Cuba*, entre los hielos y las nieblas del Norte:

Enfurecido

Brama el viento invernál: sobre sus alas
Vuela y devora el suelo desecado
El hielo punzador. Espesa niebla
Vela el brillo del sol, y cierra el cielo
Que en dudoso horizonte se confunde
Con el obscuro mar. Desnudos gimen
Por doquiera los árboles la saña
Del viento azotador. Ningún ser vivo
Se ve en los campos. Soledad inmensa
Reina y desolación.....

Mis ojos doloridos

No verán ya mecerse de la palma
La copa gallardísima, dorada
Por los rayos del sol en Occidente;
Ni á la sombra del plátano sonante
El ardor burlaré del Mediodía,
Inundando mi faz en la frescura
Que espira el blando céfiro. Mi oído,
En lugar de tu acento regalado,

Tan sólo escucha de extranjero idioma
Los bárbaros sonidos.....

Si algún género de inspiración hay en las composiciones filibusteras de Heredia será, aunque más débil y apagada, aquella íntima y melancólica poesía, que delante del Niágara le hacía recordar

Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen.....

y que en una imitación de Legouvé le movía á intercalar estos versos deliciosos de que no hay rastro en el original:

¡Oh! no me condenéis á que aquí gima,
Como en huerta de escarchas erizada
Se marchita, entre vidrios encerrada,
La planta estéril de distante clima.
.....

Heredia es, ante todo, poeta de sentimiento melancólico y de exaltación imaginativa, combinada con un modo propio y peculiar suyo de ver y sentir la naturaleza. En este punto no tiene rival en América; pero como cantor de la independencia americana va después de otros muchos, y cuando se lee, por ejemplo, su oda á Bolívar, después de haber leído la de Olmedo, no puede caber duda sobre el diverso temperamento de ambos poetas, nacidos, el uno, para la oda heroica, y el otro, para la elegía.

La originalidad de Heredia es indudable, pero no

resalta de un modo vigoroso sino en dos de sus composiciones: *El Niágara* y *El Teocalli de Cholula*. La opinión general, que no trato de contradecir, pone sobre todas la primera; y ¿á quién no asombra, en efecto, aquella elevación gradual y majestuosa con que el poeta se levanta desde la esfera de la contemplación física hasta la intuición del total destino humano y del particular suyo; y cómo, desde la revelación de Dios en las maravillas de la naturaleza, desciende á las agitaciones y flaquezas de la conciencia propia; y el arte soberano, la divina condensación lírica con que acierta á congregar, en tan breve espacio, un cuadro descriptivo en que nada falta ni nada sobra de cuanto puede tener expresión y alma en el estupendo fenómeno que se nos pone delante de los ojos; una meditación moral altísima y serena contrastando con la efervescencia de los versos anteriores, que parecen remedar el bullir y el estrépito de la ingente catarata; y una suave y lánguida tristeza que templá la austeridad del conjunto y no permite olvidar al hombre en el pensador y en el poeta? (1). Todo con cierta grandiosa unidad de composición que contrasta con el desorden habitual en Heredia, pero que se explica por el hecho de que el poeta, siguiendo el procedimiento que tanto recomendaba Quintana, había trazado primero en algunas líneas de prosa, en una carta que todavía existe, el croquis de la oda.

(1) Ha de advertirse que son muchas, y en general desacertadas, las correcciones que Heredia introdujo en esta *Silva* al reimprimirla en la edición de Toluca (1832). En la primitiva de Nueva York (1825) no están ni el *vórtice hirviente*, ni la *fuera elástica*, ni otras frases afectadas ó de mal gusto que intercaló después por evitar más ligeros descuidos ó dar más variedad á la dicción poética.

Pero reconociendo todos los méritos de esta soberbia inspiración, de esta «catarata de poesía»; mi particular preferencia recae más bien sobre *El Teocalli de Cholula*, que encuentro más exenta de todo resabio de declamación, más esmerada en los detalles, y tan suavemente graduada en su majestuoso y reposado movimiento: verdadera poesía de puesta de sol á un tiempo melancólica y espléndida. Si en alguna parte dió indicio Heredia del aquietamiento, que la mano del dolor y del desengaño comenzaba á labrar en él, mitigando sus hervores de mozo, trayéndole á una más recta contemplación del mundo y de la historia, fué de cierto en esta composición magistral, en que por otra parte desarrólla en toda su plenitud el admirable don que tuvo de la descripción *sintética* , así como Andrés Bello poseyó, en más alto grado que ningún otro poeta castellano, el de la descripción *analítica* , el de la paciente y minuciosa representación poética de los detalles (1). Aunque estas dos poesías suyas, especialmente el *Teocalli*, sean de lo más puro y correcto que nos dejó Heredia, y rara vez tropiecen en ellas el gusto ni el oído con disonancias ni asperezas, siempre la lengua que habla Heredia parece pobre y tímida comparada con la de Bello, de quien puede decirse que robó á los poetas latinos el arte misterioso de los epítetos animados y de las asociaciones sugestivas, todo aquel artificio de dicción docta y laboriosa que Petronio compendiaaba bajo el nombre de *curiosa felicidad* de Horacio. Para esto sirvió á Bello su admi-

(1) Véase finamente expresada esta diferencia en un artículo de D. Rafael Pombo sobre *Poesía descriptiva americana*. (*Anuario de la Academia Colombiana*. Año de 1874.)

rable cultura de humanista que Heredia no pudo granjear, ni mucho menos acrisolar, en vida tan corta, errante é infeliz como fué la suya; oponiéndose á ello por otra parte su bravía é impetuosa naturaleza, que no le dejaba reparar mucho en el modo de decir las cosas, con tal que las dijese de un modo enérgico y resonante.

Pero no se ha de creer que Heredia, aunque poeta personalísimo en sus ideas y afectos, y gran pecador contra la pureza de la lengua y del gusto, deba ser tenido por poeta romántico. Su puesto está en otra escuela que fué como vago preludio, como aurora tenue del romanticismo. Es cierto que alguna vez imitó á lord Byron, trasladando á nuestra lengua con sumo vigor el terrible sueño en que la fantasía del poeta británico pintó la desaparición de la luz en el mundo; pero lo que más parece haberle complacido en Byron es el tipo del pirata ideal, el alarde de una personalidad indómita y selvática sublevada contra todas las leyes humanas y divinas:

Será mi asilo el mar. Sobre su abismo
De noble orgullo, y de venganza lleno,
Mis velas desplegando al aire vano,
Daré un corsario más al Océano,
Un peregrino más á su hondo seno.

De la opresión sangrienta y coronada
Ni temo el odio ni el favor impetro:
Mi rojo pabellón será mi cetro,
Y mi dominio mi cubierta armada.

Pero fuera de esta semejanza, más bien moral que literaria, y en rigor aparente, puesto que el alma tierna y afectuosa de Heredia, víctima sólo de sus quimeras políticas, tenía poco que ver con el feroz egoísmo de Byron (el cual, por otra parte, técnicamente conside-

rado, más pertenece á la escuela clásica de su país que á la romántica), el romanticismo, propiamente dicho, tiene poco que reclamar en los versos de Heredia, cuya verdadera filiación está evidentemente en aquella escuela sentimental, descriptiva, filantrópica y afilosofada que, derivada principalmente de la prosa de J. Jacobo Rousseau, tenía á fines del siglo XVIII insignes afiliados en todas las literaturas de Europa, y entre nosotros uno no indigno de memoria en Cienfuegos, que si hubiera acertado á escribir como acertó á pensar y á sentir, hubiera sido gran poeta. Cienfuegos es el principal responsable de los defectos de Heredia, como ya notó D. Alberto Lista (1), pero también es justo referir á él algunas de sus buenas cualidades. Todos los neologismos, todas las extravagancias de construcción, todas las metáforas incoherentes que se han notado en Heredia están puntualmente en Cienfuegos; pero está también su robusta entonación, su habilidad en el uso de los cortes rítmicos y de las pausas, y en otro orden de cosas que no toca á la pura técnica, su vaga sensibilidad y su melancolía, aunque Heredia sea siempre más ardiente y viril, y Cienfuegos más enfermizo y nebuloso. *El Desamor*, por ejemplo, es una mezcla de Chateaubriand y de Cienfuegos, muy digna de estudio. ¿Qué más? Hasta en *El Niágara* le persigue la memoria de su autor predilecto, en cuya lectura estaba tan empapado, que le acontecía imitarle sin quererlo. Cienfuegos había dicho en su poema *La Primavera* (que tiene

(1) Véase su famosa carta de 1.º de Enero de 1828 á D. Domingo del Monte, reproducida en algunas ediciones de las poesías de Heredia y en varios estudios sobre este poeta.

grandes bellezas descriptivas, ahogadas por insufribles rasgos de sentimentalismo):

¿Y por siempre sin fin estéril llama
En mi pecho arderá? ¿Nunca una amante
Dará empleo feliz á la ternura
De un triste corazón á quien inflama
Todo el dios del amor; que ni un instante
Vivirá sin amar? ¿Do está, oh natura,
Tu ley primaveral? En vano, en vano
De un nuevo Abril renacerá florido,
De un amor y otro amor.
. Yo no culpable,
Yo solo en juventud ¡ay me! perdida,
Entre tanto contento
Mi soledad y desamor lamento.
. ¡Yo desquerido,
Sin hijos, sin esposa:
Nunca será mi primavera hermosa!

Y dice Heredia:

. ¡Ay! agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este día
Mi soledad y misero abandono
Y lamentable desamor..... ¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz?
. ¡Ay! desterrado
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mi llanto y dolores!

El modelo no puede ser más evidente, pero la originalidad de Heredia es tan vigorosa, que aun viéndose en él rastros del estilo de Cienfuegos; de la última manera de Meléndez (verbigracia, en la elegía *¡Adiós, amada, adiós! llegó el momento.....*, que recuerda en seguida el *Adiós, voy á partir, bárbara amiga.....*); del estro pa-